

En los Sínodos celebrados desde 1967 a 2001, los temas han sido muy importantes: la fe, los seminarios y la renovación litúrgica (1967); el primado y la colegialidad (1969); una nueva evangelización (1974); la transmisión de la fe especialmente a niños y jóvenes (1977); matrimonio y familia (1980); reconciliación y penitencia (1983); verificación del Vaticano II (1985); la misión, importante, de los seglares en la Iglesia (1987); sobre los sacerdotes y «Pastores dabo vobis» (1992); primer Sínodo europeo (1991); para África (1994), para Asia (1998), Oceanía (otoño 1998), segundo Sínodo de Iglesias europeas (1999) y los obispos, ministros o servidores del Evangelio (2001). Otros tantos capítulos estudiados exhaustivamente en 432 pp.

Invitamos a leer sosegadamente toda la obra, científica y pastoralmente espléndida, y cada uno de los temas o capítulos. El lector encontrará un rico contenido y recordará, con grata sorpresa, la riqueza de documentos producidos en los Sínodos. Entre ellos destacamos el del sacerdocio ministerial y la justicia, la «*Evangelii nuntiandi*» (EN), «*Familiaris consortio*» con la Carta de los derechos de la familia; el de la Reconciliación y penitencia, «*Christifideles laici*», etc.

Agradecemos a su autor esta aportación inestimable para la historia de la Iglesia, y el lenguaje sencillo y el estilo enormemente cercano en que envuelve esencias tan ricas.—CONCHA BENAVENT ZAPATER.

JUAN MASÍÁ CLAVEL, *Caminos Sapienciales de Oriente*, Desclée de Brouwer, Bilbao 2002.

En un estilo fluido, agradable de leer, vivo y salpicado de anécdotas actuales y de tradiciones centenarias, el autor presenta varios ensayos en que predominan los temas budistas en contexto japonés. También resalta lo que hay de sapiencial en el fondo de las raíces sintoístas, confucianistas y taoístas de la cultura japonesa.

Aborda estas tradiciones desde el punto de vista de *caminos*. «Si algo tienen en común tradiciones tan diversas como las de Buda, Lao-tsé, Confucio y el sintoísmo japonés, tendría que reducirse a la palabra “camino”. El budismo, camino de iluminación; el confucianismo, camino de sabiduría práctica y social; el taoísmo, mística del camino. En cuanto al camino de las divinidades sintoístas, es el terreno en que arraigó, en Japón, el camino de Buda, el de Confucio y el Tao» (118).

El autor lleva al lector, de forma amable, a lugares desconocidos todavía para muchos. Una tarea tanto más importante cuanto que estos lugares en nuestro tiempo se acercan unos a otros, las culturas y religiones entran en contacto y urge conocerse, comprenderse, dejarse interpelar y enriquecer.

Al principio de la «excursión», el autor, jesuita español residente en Japón desde 1966, le confía a su acompañante-lector algunas reflexiones sobre la misión y le confiesa cómo el contacto con Japón le ha hecho descubrir mejor a Cristo. A todo lo largo del libro se le va conociendo como a alguien que se ha dejado transformar en el encuentro con la cultura y religiosidad de Japón. «El evangelizador es evangelizado.» En sus reflexiones están presentes Pieris, Masao Abe, Raimon Panikkar, Koshiro Tamaki entre otros.

Aporta muchos datos históricos sobre India, China y Japón que ayudan a situarse. Cuando el lector está a punto de perderse en la multitud de datos, lo lleva en otro capítulo al oasis de los jardines japoneses, que más que muchas palabras le acercan al alma del camino. Quizás el lector ahí recuerde a aquella cristiana japonesa, de la que también habla el autor, que después de haber participado en la eucaristía se retiraba siempre a un templo budista para descansar de tantas palabras y sumergirse en el silencio para encontrar a Dios.

Un aire fresco, esponjante, le llega al lector que le sigue a través de todos los ensayos. Percibe un algo que resiente como original, fontal y muy sugerente, algo que en el fondo toca algo propio y común.

Resalta la presentación, con comentario, de tres textos centrales: *El despertar de la fe* (VIII), una obra atribuida a Asvaghosa, pensador religioso indio del siglo I-II, que en cincuenta páginas presenta el núcleo central de la enseñanza del budismo Mahayana; el sutra *Hannya Shingyo*, que resume la quintaesencia de los sutras de la sabiduría, y el *Genjokoan*, tercer capítulo del *Shobogenzo* del maestro Zen japonés Dogen Zenji (X).

En el intento de acercar un mundo que tocando algo común, por otra parte es tan distinto, un mundo que se expresa en otro lenguaje —lo cual no quiere decir simplemente otras palabras para la misma cosa sino otra cosmovisión—, el autor a veces se excede en amabilidad con el riesgo de simplificar, reducir, quitar el nervio al asunto. Así, por ejemplo, la traducción de *Shobogenzo*, la gran obra de Dogen, como «Arte de mirar», no deja adivinar la hondura que los cuatro ideogramas que componen el título sugieren: «Tesoro del Ojo que verdaderamente ve la Realidad», no sólo la superficie a que tienen acceso el ojo de la cara y el de la razón. Otro ejemplo, el «tal cual» (nyo). Creo que ahí igualmente se queda corto al circunscribirlo con «no exagerar», aunque en la explicación sugiere más: «Ver las cosas tal como son es no desfigurarlas con nuestras exageraciones, dejar que se manifieste el aspecto originario de todo» (182). Se trata de la realidad tal cual realmente es y como la ve el Ojo cuando está abierto, tal cual se refleja en el espejo del corazón cuando se mira desde ahí. El «Dharma de la talidad» lo llama Tozan en uno de los grandes poemas Zen, el *Hokyoammamai*. La realidad es toda igual y a la vez toda diferente. Cada cosa es igual a las demás y a la vez completamente diferente, única. «Es uno pero dos, es dos pero uno». Igualdad y diferencia en unidad. Viendo la realidad así aparece tal cual es.

El autor enumera una serie de temas pendientes de reflexión para ulteriores profundizaciones en el encuentro de la espiritualidad cristiana con el mundo budista (145-146). Para lo cual hará falta una todavía mayor inmersión en el Jordán de la otra religiosidad, en expresión de Pieris.

Se abre una rica perspectiva en el encuentro interreligioso, que aparece en términos de «transformación mutua de las religiones, a favor de la depuración y redescubrimiento de lo auténtico en la religiosidad» (19). Se trata de que todos nos convirtamos al Misterio que a todos nos desborda» (25). «Las religiones caminan juntas hacia una meta más allá de todas ellas» (43).

Tal como el autor se lo propone en el prólogo, las páginas de este libro invitan al encuentro con las tradiciones orientales, a beber en su caudal de riquezas.—ANA MARÍA SCHLÜTER.